

PAPPEL



EL MISTERIO

DE LA FOSA 126

Unas notas ocultas permitieron identificar a una docena de fusilados durante la posguerra. 'El abismo del olvido', la nueva novela gráfica de Paco Roca, rescata la memoria de las víctimas y del sepulturero que cuidó de ellas

Por Jose María Robles (Madrid)

PAPEL EN PORTADA

Por **Jose María Robles** (Madrid)

A José Celda lo fusilaron 532 días después del final de la Guerra Civil. Las autoridades franquistas le acusaron de haber participado en varios *paseillos* en un pueblo vecino, aunque en realidad estaba cosechando arroz lejos del lugar de los hechos. Poco importó. El testimonio del agricultor, afiliado a Izquierda Republicana, fue ignorado en una farsa de juicio. Celda pasó casi un año en la cárcel hasta que el 14 de septiembre de 1940 le quitaron la vida a balazos en la tapia trasera del cementerio de Paterna (Valencia). Su cuerpo fue depositado en una fosa común del camposanto.

Allí permaneció más de siete décadas.

Y allí seguiría de no ser por Pepica.

Escribió Jaime Gil de Biedma: *De todas las historias de la Historia/Sin duda la más triste es la de España./ Porque termina mal*. Pues bien, una anciana se rebeló contra el fatalismo de estos versos, contra la telaraña burocrática de la Administración Pública y contra la inercia de un país reticente a mirar a su pasado movida por una misión: dar un entierro digno a los restos de su padre.

La odisea de Josefa Celda desde que perdió a su progenitor con apenas ocho años hasta que logró sacarlo del lacerante anonimato bajo tierra siendo ya bisabuela es sólo una de las muchas historias relativas a nuestra memoria histórica que a punto ha estado de no ser contada. Otra de ellas es la de Leoncio Badía. Condenado a muerte por los *nacionales* tras la proclamación de la Victoria, vio conmutada la pena a cambio de que ejerciera como enterrador «de los suyos» en el mencionado cementerio municipal de Paterna.

Badía cumplió con la labor con una entereza insólita. E hizo algo más: arriesgando su propio gaznate, colaboró en secreto con las viudas de los represaliados para dar sepultura a sus maridos con la mayor humanidad posible, les proporcionó un último recuerdo de ellos siempre que tuvo oportunidad y evitó que las fosas fueran una montonera de cadáveres donde la cal y el tiempo borrarán cualquier rastro. ¿Cómo? Ocultando entre los cuerpos unas botellitas de cristal con una nota dentro que permitiera su futura identificación.



José, Pepica y Leoncio protagonizan *El abismo del olvido* (Ed. Astiberri), la novela gráfica que firman el historietista Paco Roca y el periodista de este diario Rodrigo Terrasa. Un trabajo que, desde su publicación el próximo 5 de diciembre, será ya un título imprescindible. No sólo para todo buen aficionado a las viñetas de autor, sino para quien siga preguntándose por qué, varias décadas después del final de la Guerra, en España todavía había 20.000 muertos localizados sin exhumar y otros 80.000 en paradero desconocido. Una anomalía entre los países de nuestro entorno que ha persistido a pesar del paso de la dictadura a la democracia.

«Es la historia más oscura que he hecho hasta ahora», confiesa Roca (Valencia, 54 años) a propósito del álbum.

«El drama es casi un denominador común en lo que hago, pero en mis trabajos anteriores había un componente de esperanza o de poesía. Aquí, sin embargo, había poca opción de mirar hacia otro lado», añade el ganador del Premio Nacional del Cómic en 2008.

«Pone el foco en un episodio especialmente olvidado: las fosas comunes en España son algo que no se mira y de lo que apenas se habla», contextualiza Terrasa (Valencia, 45 años). «¿Qué indica esto? Que no se ha procesado bien lo que pasó. La Transición aportó muchísimas cosas positivas a la sociedad española y fue un ejercicio de reconciliación brutal, pero hay otras muchas cosas que se escondieron debajo de la alfombra de los nuevos tiempos. Y una de ellas es lo que ocurrió durante la posguerra. Es muy difícil reconciliar a la sociedad cuando no se afronta algo de cara».

En *El abismo del olvido* conviven la vileza humana, el amor en las horas más oscuras y el empeño en la reclamación de justicia. Un manguito negro usado para dar el tiro de gracia y un mechón de pelo cano atesorado como reliquia familiar. El álbum arranca en la sangrienta represión inmediatamente posterior al triunfo del bando sublevado y avanza con toda su carga de dolor y también de ilusión hasta el presente: el 11 de diciembre de 2021 se reabrió la fosa a la que fue arrojado José Celda (la 126), apenas una del centenar largo que aún queda en el cementerio de Paterna.

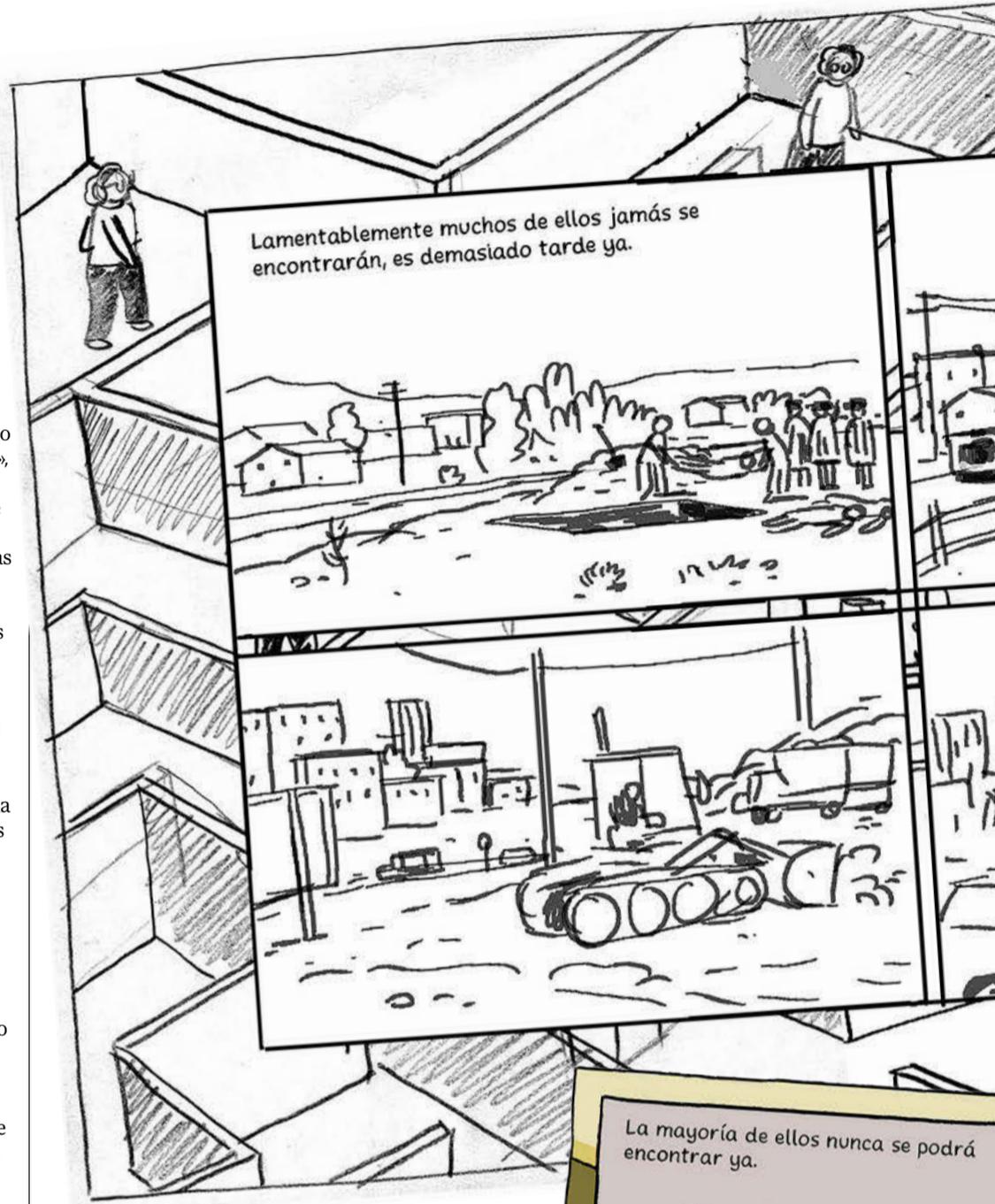
Semanas más tarde, Pepica recibía una urna de plástico con lo que quedaba de alguien al que apenas pudo conocer.

Terrasa se había presentado en 2013 en casa de la entonces octogenaria para escribir un

reportaje para EL MUNDO. La anciana había logrado, en virtud de la Ley de Memoria Histórica, la última subvención del Gobierno de Zapatero para poner en marcha el proyecto de exhumación de los restos de su padre. Las exhumaciones eran objeto de debate, hasta el extremo de que Mariano Rajoy había anunciado en campaña que no habría «ni un euro público más para

las fosas de la guerra».

Aquel reportaje retrataba a una persona de edad avanzada en el papel de *hija coraje* y en medio de una batalla contra el crono, contra la amnesia inducida y contra la propia biología: cada vez quedan menos familiares vivos de los que extraer ADN en caso de que lo soliciten los arqueólogos forenses. «Recuerdo que estos me comentaron que les había sorprendido mucho encontrar las botellitas con el papel dentro y que lo interpretaron como un



mensaje parecido al de los naufragos. Un mensaje que había viajado durante 80 años y que decía 'Sacadnos de aquí', subraya Terrasa. «Me quedé atrapado en aquella historia, porque además coincidió con un montón de noticias. De repente, apareció un cuerpo que había sido enterrado con un sonajero, otro con una carta escondida en el dobladillo del pantalón... Investigué y apenas encontré nada sobre Leoncio más allá de un reportaje en *Interviú* titulado *La lista de Leoncio*, que hablaba de su labor como la de una especie de Schindler de la época. Conocía el trabajo de Paco y pensé que ahí había un buen cómic suyo, porque ocurría en Valencia, apelaba a la memoria y tenía muchos elementos con los que él suele armar sus historias».

Periodista e historietista, amigos desde hace dos décadas, empezaron a recopilar material en 2017 y a trabajar en el álbum en 2019, cuando localizaron a Maruja Badía, hija del enterrador. Descubrieron que la leyenda del sepulturero era fiel a la realidad... y mayor incluso de lo que imaginaban: Leoncio, un hombre obsesionado con el sentido de la vida y el orden del universo, había guardado en cestas de mimbre cientos de botones y trozos de tela de cada uno de los fusilados y recordaba perfectamente dónde

Arriba, boceto de una de las viñetas del cómic; abajo, el resultado definitivo.



A la izquierda, Rodrigo Terrasa y Paco Roca, autores de 'El abismo del olvido' (Astiberri).



EN PORTADA | PAPEL



había colocado sus cuerpos. Su archivo fue clave para dibujar un mapa del otro cementerio de Paterna: ése en el que no había lápidas ni flores. La posterior labor de rastreo, consulta y documentación colocó al tándem ante el inmenso relato coral que ha acabado siendo *El abismo del olvido*.

Sus casi 300 páginas ayudan a entender la normalización de la violencia que implicaba el hecho de matar a sangre fría a un vecino por un chivatazo sin fundamento. También refleja la impunidad con la que se manejaba el régimen: los fusilamientos se llevaban a cabo a plena luz del día ante la mirada de los deudos en la distancia y el traslado de cuerpos en camión distaba poco del de las reses salidas del matadero. Lejos de ofrecer un muestrario de atrocidades —que las hay, y muchas—, Roca y Terrasa intentan explicar que el empeño de Pepica y de otras víctimas como ella no responde al revanchismo.

«Al intentar comprender el porqué te das cuenta de que lo que hay detrás es algo que está en nuestra cultura desde tiempos inmemoriales», comenta Roca. «Necesitamos cumplir un ritual que consiste en enterrar dignamente a la persona que hemos amado; no nos vale con tirarla a un agujero. Y también necesitamos una

despedida y un lugar donde ir a llorar la pérdida. Ha sido así desde la época de los neandertales o de *La Ilíada*». Precisamente, para incidir en dicha necesidad antropológica, *El abismo del olvido* está salpicado con referencias a los ritos funerarios de civilizaciones antiguas.

P. ¿Exhumar a los muertos que siguen en fosas debería haber sido algo prioritario para cualquier Gobierno, con indepen-

dencia de su color político?

P.R. Sin duda.

Me sorprende que hayan pasado 80 años y todavía exista la percepción de que los que están en la fosa es porque hicieron algo y

que no hay que remover el tema porque eso supone abrir heridas. Es como si los ciudadanos españoles no fuéramos capaces de mirar para atrás y reflexionar. Hemos hecho cosas mucho más difíciles y no ha habido ningún problema. Sin embargo, con esto parece que no avanzamos. Chile, Argentina, Alemania, Francia... todos los países revisan lo que han hecho mal en el pasado y debaten sobre ello sin que se cree un cisma social. Toda la obra de la periodista bielorrusa y premio Nobel Svetlana Aleksiévitx examina los males de la URSS. Se trata de una reflexión lógica y necesaria.

R.T. Que Pedro Sánchez considere que sacar los restos de Franco del Valle de los Caídos en *prime time* agita los resortes de su electorado me parece fascinante. Y lo contrario: que una de las primeras medidas del Gobierno valenciano tras pactar con Vox fuera recortar las subvenciones a «las normas que atacan nuestra reconciliación» —como si abrir una fosa común atacara nuestra reconciliación y no todo lo contrario—, me parece increíble. Que esto todavía agite los instintos más salvajes de cierto electorado es la prueba de que hay un trauma por superar.

P. ¿Qué le dirían precisamente a quienes insisten en repetir que abrir fosas es no dejar descansar a los muertos?

P.R. Se nos ha acostumbrado a pensar que mirar al pasado es malo, y eso es un error. Si realmente la derecha quisiera acabar con la apropiación de la memoria histórica sólo tendría que acudir a una ceremonia de exhumación. En el momento en el que se pusiera del lado de las víctimas de la dictadura, la izquierda dejaría de ganar votos con la memoria.

R.T. Hemos conseguido que la gente mire hacia atrás desde el rencor, los prejuicios y los complejos, y no desde la necesidad de aprender y evolucionar. En

España hay miles de historias increíbles enterradas. También me alucina que en este país se tenga la sensación de que los derechos de otros te quitan algo a ti. Ha ocurrido con avances logrados en las últimas décadas, como el matrimonio homosexual: ¿en qué te afecta a ti que tu vecino gay se case? En nada. Entonces, por muy de derechas que seas, ¿qué pierdes

Paco Roca: “Necesitamos enterrar a nuestros seres queridos con dignidad, despedirlos y llorarlos”

Rodrigo Terrasa: “Hemos hecho que la gente mire al pasado desde el rencor y los prejuicios”

con que tu vecino tenga los restos de su padre en un nicho en vez de en una fosa común? No resta en ningún sentido, sólo suma.

Roca adquirió estatus de superventas del tebeo patrio gracias a *Arrugas*, *El invierno del dibujante* y *Los surcos del azar*. Ahora vuelve a mostrar su talento para contar con imágenes y palabras una historia de las que remueven muy adentro.

Por lo pronto, y a la espera de la respuesta del público, *El abismo del olvido* ensancha la bibliografía comiquera referente al fratricidio español y su extensión autocrática. Ahí está la tetralogía sobre la Revolución asturiana *La balada del norte* (Alfonso Zapico) y las series de carácter autobiográfico 36-39. *Malos tiempos*, *Barrio* y *Paracuellos* (Carlos Giménez). Aunque hay quien apunta más alto. «Es el artefacto cultural que necesitábamos para entender la impunidad franquista, a la altura de cómo *Maus* sirve y servirá para explicar el Holocausto», resume Esther López Barceló, arqueóloga, historiadora, ex diputada de IU en las Cortes valencianas y asesora del guión.

Revela el dúo, que ya le da vueltas a otro álbum a cuatro manos, que cuando Pepica recibió el permiso para la exhumación le comunicaron por carta que los restos de su padre serían declarados Bien Arqueológico y conservados en un museo. A la anciana, claro, le dio un ataque de ansiedad. «España no estaba preparada para un resto arqueológico que fuera un hueso de fusilado en vez de un fósil de dinosaurio», alegan Roca y Terrasa.

Quizá hoy siga sin estar preparada: la tapia trasera del cementerio de Paterna, conocida como *El paredón de España* por la cantidad de ejecuciones de las que fue escenario, se parece más a un basurero que a un memorial. En lo que debería ser un lugar dedicado a la reparación histórica sólo hay botellas, plásticos y neumáticos viejos.

